

Constancia de felinos

Jonathan Silverman

Doctor en Nuevas Estéticas

La fecundidad del cuento en la región Caribe de Colombia es quizá solo comparable a la riqueza de su música popular. Tal profusión es a la vez una enorme diversidad, que la selección *Cuentos felinos* confirma con cada número, siempre lleno de gratas sorpresas. En este, por ejemplo, ofrece dos nuevos cultivadores del cuento: Eneldo Deluquez y Víctor Yerena. El primero de ellos nacido en la península de La Guajira; y el segundo, en Arboletes, en el Urabá antioqueño. Marca, además, el regreso a sus páginas de los poetas y narradores cordobeses Carmen Victoria Muñoz y Raimundo Gomezcásseres, residenciados hace años en Cartagena, en donde en los noventa los escuchamos leer poemas, en una época de intensa actividad cultural en la histórica ciudad amurallada de Colombia.

La colección, que nació como el proyecto de un puñado de conocidos cuentistas, sigue fiel a su decisión de invitar a otros escritores y escritoras de la región a formar parte de una aventura editorial que, sin exageraciones, tiene ganado un sitio en la historia del género en Colombia: un país de grandes cuentistas a los que las editoriales comerciales dan sistemáticamente la espalda.

La narrativa de la región tiene rasgos muy diferenciadores en el país. La oralidad inherente, el humor ladino, el compromiso identitario y un cuidadoso manejo estilístico y técnico son los más distintivos. Son virtudes en las que reside, a juicio de nuestra mirada distanciada, un vigor y universalidad que lo emparenta con los significativos avances del cuento moderno y contemporáneo en el continente. Ninguna duda tenemos al afirmar que los cuentistas de esta parte de Colombia marchan al paso de las innovaciones y los riesgos asumidos por sus homólogos del Río de la Plata y México: un acompañamiento fácil de rastrear desde los años cincuenta del siglo XX, cuando dos miembros del Grupo de Barranquilla vieron en el cuento de Argentina, Uruguay y México unos modelos universales con los pies bien puestos en temas locales y ejecutados con enorme conciencia estética.

En este proceso de más de medio siglo es posible rastrear no solo la aclimatación iniciada por pioneros como José Félix Fuenmayor, Ramón Vinyes y García Herro, y continuada por Álvaro Cepeda Samudio y Gabriel García Márquez, sino los aportes relevantes de Manuel Zapata Olivella, Germán Espinosa, Fanny Buitrago, Jairo Mercado, Marvel Moreno, Roberto Burgos, Ramón Bacca, Guillermo Henríquez, José Luis Garcés y Guillermo Tedio. Es una línea de desarrollo afortunada, fecunda y vigente que tiene grandes momentos con autores nacidos a la escritura en los años ochenta y noventa, como Raimundo Gomezcásseres, Jaime Cabrera González, Adolfo Ariza Navarro, Clinton Ramírez, Naudín Gracián, Carmen Victoria Muñoz y Vicenta Siosi, a los

que deben sumarse Annabell Manjarrés e Iván Fontalvo, de una generación más reciente. Son autores cuidadosos y arriesgados en la gestión de un género de matriz estable, demasiado técnico.

Cuentos felinos 9 está integrado por autores habituales como Martiniano Acosta, Adolfo Ariza, Annabell Manjarrés y Clinton Ramírez, a los que se han sumado en los últimos números Jaime Cabrera y Naudín Gracián, dos destacados narradores. En los cuentos, más allá de la novedad o no de los temas, volvemos a encontrar la pericia técnica, la malicia en el estilo y un lenguaje caribe intenso, ladino y acertado que recuerda a los contadores ancestrales de las más remotos pueblos de la región. Hasta en la elección de los títulos los lectores pueden apreciar la gracia y el cuidado de los escritores de este increíble territorio de Colombia. Basta examinar los títulos del número para ratificarlo, que no solo son imágenes concluyentes de los relatos sino atrevidas provocaciones. «El botón de la infamia», título del cuento de Martiniano Acosta, es una nota fehaciente de imagen acabada, en tanto «Doc y el negro del tractor», «Un ratón llamado Epifanía» y «Una pastilla efervescente en un vaso de agua», de Adolfo Ariza, Jaime Cabrera y Naudín Gracián Petro, respectivamente, califican en la casilla mimada de las provocaciones con su humor de fondo, sin eludir, por supuesto, el llamativo «CR en las verdes costas de Sudamérica», insignia de guerra del muy tramposo cuento de Clinton Ramírez. Tiernos, crueles, trascendentes, sarcásticos, irónicos, ladinos, trucados y juguetones en todo momento, los felinos y félidos de estos relatos saben ensillar sus burros o matar sus pulgas, si le permiten emplear,

a un extranjero encantado como yo, la hermosa lengua de los costeños de Colombia.

Esperemos haya *Cuentos felinos* para rato, aunque los autores principales del proyecto han expresado la intención de poner un punto final con la publicación del número 10, que empieza a tomar forma, porque si algo distingue a estos *felinos* es la constancia con que asumen las empresas de la imaginación, algo que podría parecer extraño en una región siempre tan mal leída, cuando no reducida a los clips auspiciados en los medios de las industrias culturales del país.

Queda agradecer el empeño con que la Universidad del Magdalena publica esta selección, digna del más sincero elogio. Una nota adicional de reconocimiento para sus diagramadores, tan imaginativos al diseñar las portadas de la colección.

Mempfis, Tennessee, abril de 2024

El botón de la infamia

Martiniano Acosta A.

No se iba a dejar humillar por causa de ese maldito botón que Rodrigo dejó pegado en la mesita de noche con el líquido que utilizaba para soldar tubos en las cañerías y en las alcantarillas, en las que trabajaba día y noche. Muestra indestructible de los hechos, recuerdo de la vergüenza. Cuatro ojitos redondos, censuradores. Botón de nácar, detalle ignominioso desde el día en que ella no supo pegarlo en la camisa de tonos grises con la que Rodrigo se vestiría para asistir ese viernes a una reunión importante.

En otra ocasión, Rodrigo le recordó que, hacía dos meses y tres días, él le puso en la mano el hilo, el botón de nácar y la aguja, con el fin de que lo pegara en la camisa porque la empresa festejaría el Día del Trabajador. Con el libro en la mano de Gloria Steinem, *Revolución desde dentro. Un libro sobre la autoestima*, ella se sentó en el largo sofá de la sala, cuya tela cuerina no estaba tan blanca como antes por el paso de los años y porque tampoco se le había ocurrido limpiarle el polvo de las últimas semanas con un trapo húmedo. Remedios no miró lo que él le entregaba, sino que su vista se posó en el libro. Repitió el título en voz baja. Su terquedad la volvió ciega y cerró la mano de inmediato; debió sentir, pienso yo, la textura del material y,

tal vez, le pareció tan horrible como un pedazo de ladrillo. Le soltó esta frase:

—Pegar botones, eso es para viejas.

Remedios no podía esquivar el botón de la deshonra. Frío. Silencioso, con sus cuatro huequitos como pares de ojos que querían hablar. Afuera, a través de la ventana de vidrio, se metía el resplandor de un sol en llamas. Ella miró hacia la calle y alcanzó a verle la espalda ancha y firme, bajo un sol hirviente. Pensó y susurró, sin que él la escuchara:

—No vas a humillarme.

Abrazó el libro. Ese día se la pasó tan enfurecida que, si la hubieran chuzado, hubiese botado veneno en lugar de sangre. Remedios recordó que, la mañana de la separación, salió a respirar un aire nuevo: el del parque, el de la orilla del mar, el del centro de Bahía del Mar, y terminó el paseo en casa de la amiga que le había prestado el libro de Steinem. De regreso a casa, miraba el atardecer con el sol semejante a un gigantesco botón bermellón, y todo le parecía redondo: las casas, los semáforos, los yates en la bahía. La era redonda. Esa noche, empacó el libro, la ropa de viaje y tomó un hacha de mano y marchó a la mesita de noche. Se asomó a la calle y en el cielo la luna semejaba una yema rojiza pegada al cielo. Se sentó en el sofá, inquieta.

Entonces tomó el pedazo de madera con el botón. Los labios crispados, las cejas juntas. Lanzó el hacha ante de salir. Cerró la puerta con llave y le puso candado a la reja de hierro. En la rejilla de la alcantarilla arrojó la llave y el pedazo de madera con el botón, que ya de nada le servían. Siguió su ruta hasta llegar a la Avenida del Mar. Allí observó el enorme y antiguo buque encallado entre la playa y los espolones, al que el mar oxidaba y la arena le iba cubrien-

do el costado derecho. Se acomodó el morral a la espalda. Alzó la vista y miró que la luna había cambiado a su color natural. Quien anduviera por el camellón se asombraría del taconeo firme e inquebrantable que sonaba a libertad sobre los andenes de la avenida, bajo las luces públicas que iluminaban o ensombrecían simultáneamente a Remedios, quien estaba resuelta incluso a acudir a las puertas de la ley para rescatar su dignidad. El mar chocaba contra el espolón y el buque encallado. Remedios no volteó. Avanzó con la determinación de un ser libre.

Abril 5 de 2024
Santa Marta, cerca del mar

Doc y el negro del tractor

Adolfo Ariza Navarro

No está claro quién trajo a la pareja de curíes. Doc piensa que pudieron haber sido las putas del billar. No lo recuerda bien. Lo que recuerda es haber visto a una de ellas explicándole a su madre cómo tenía que hacer para encontrarles la yugular. La mamá de Doc tampoco fue que se interesara mucho. Dijo: «Primero muerta antes que comer carne de ratón». Escrupulosa como era, nadie imaginó que acabaría tirando con el negro del tractor. Pero, bueno, las mujeres tienen sus mañas y tal parecía que un negro, ancho y fornido, con una bolsa de polietileno cruzada en el pecho, a modo de camisa, resultaba más digerible que un guiso de curí.

Al negro lo trajeron la marihuana, las salchichas, las cervezas y, un poco, la mamá de Doc. A las serpientes les atraían los curíes. Y a estos había que esquilarlos con agua hirviendo, como se hacía con las gallinas y los puercos hocicones del corral.

Doc y yo siempre entrábamos armados con palos a matar serpientes al cuarto de los curíes. Nunca salíamos con las manos vacías. Mínimo, traíamos una víbora de cascabel. A veces los mismos curíes se encargaban. Claro que tampoco faltaban cadáveres de curíes. Por lo general, tres o cuatro por cada víbora muerta. Ni las serpientes ni los

curíes se acababan. Eran una peste: copulaban más que las putas del billar.

La marihuana la trajo el negro y con él vinieron los jefes, los policías, los gringos y los aviones. Doc siempre quiso que matáramos a un gringo para abrirlo en canal y saber cómo eran por dentro. También quería que matáramos al negro, pero por razones distintas. Tal vez porque se acostaba con su madre y porque las putas, que lo sabían todo, decían que tenía una verga descomunal. Yo creo que él quería que matáramos al negro para colgar la verga en la cerca de alambre de púas del patio del billar, tal como hacíamos con las víboras que sacábamos de la habitación asignada a los curíes.

Yo siempre creí que, si matábamos a un gringo y procedíamos a abrirlo en canal, no íbamos a encontrar gran cosa en su interior. A lo sumo tripas enredadas, que es lo que hace que hablen de forma atropellada, como si fueran patos discutiendo por un plato de arroz.

Los policías eran una farsa. Venían después de que los aviones despegaban cargados de marihuana. Alborotaban a los perros con el tropel de sus camiones, sembraban explosivos en la pista de aterrizaje y, todavía sudorosos, venían a comer salchichas y a mirar a las putas en el billar de la mamá de Doc. Algunos conversaban con ellas mientras calmaban el hambre y prometían que la próxima vez vendrían justo cuando estuvieran cargando los aviones. Nunca llegarían a tiempo, eso era sabido.

«De este negocio comen hasta los generales», acostumbraba a decir el negro del tractor que, un día después de que pasaban los policías, traía a los técnicos y a los bulldóceres para arreglar los daños causados por los explosi-

vos en la pista. Un día pasaban los camiones cargados de policías y, al otro, los buldóceres con el negro del tractor. Nunca coincidían, parecía que estuvieran de acuerdo para saber a quién le tocaba el turno de pasar. Doc y yo siempre esperamos que se equivocaran, que coincidieran en una fecha inesperada, solo para ver qué pasaba. Doc decía que era un desperdicio matar policías, que ya se sabía lo que tenían por dentro: «Pura y física mierda».

Los gringos eran como caballos grandes, torpes y atravesados. Se notaba que no estaban bien de la cabeza. Volaban muy bajo con sus aviones, rozando con los alerones las ramas altas de los palos de camajón. Se decía que eran excombatientes de la guerra del Vietnam. A nosotros aquel antecedente nada nos decía; lo mismo nos hubiera dado que dijeran que venían de pelear en las selvas del Brasil o en los médanos de Singapur. En una ocasión, el motor de uno de los aviones no quiso arrancar, y el piloto no tuvo problemas en sacar su pistola y dispararle al tanque del combustible. Se produjo una explosión que debió sentirse en las grandes ciudades. Quienes presenciaron aquella locura dicen que la pistola era de Oro.

Los jefes venían una que otra vez. Un poco menos que los gringos que pilotaban los aviones. Fueron claros desde el principio. Hicieron una reunión en el centro del pueblo. Uno de ellos se subió al techo de un campero y anunció: «Si a alguien se le va la lengua con lo que pase aquí, de hoy en adelante, quemamos las casas del pueblo».

La tarde que llegaron, Doc y yo íbamos bastante adelantados en la doma del potrancito cenizo de los Morales. Yo iba en el caballo madrina y Doc en el potro, que se encabritó cuando uno de los choferes hizo sonar la bocina